

LA CULTURA SANITARIA Y EL NUEVO GOBIERNO

POR EL DR. OCTAVIO MONTORO

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy, a las 5:15, ante los microfones de la emisora RHC-Cadena Azul, y es la séptima de las radioconferencias que presenta esa difusora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

Estamos aquí en esta ilustre tribuna, prestigiada por los nombres de los más altos valores de la intelectualidad cubana para cumplir una vez más con nuestro deber, respondiendo al llamamiento que a los hombres cultos ha hecho el doctor Carlos Saladrigas Zayas, candidato a la Presidencia de la República por la Coalición Socialista Democrática. El doctor Saladrigas en memorable ocasión dijo: «si alcanzo el poder, nos hallaremos identificados por un mismo modo de entender la misión de la cultura. Esta misión es la de hacer que las ideas gobiernen, y que los intelectuales elaboren las que han de servir a los fines de un alto destino nacional» y añadía inmediatamente, «que tanto el gobierno como el pueblo encuentren en la cultura superior del país las ideas que den solución a los problemas del presente y del futuro». En ninguna de las actividades humanas, en ninguna de las organizaciones del Estado es tan importante seguir estas directrices como en los servicios públicos que se ocupan de la Salubridad. Porque ellos serán tanto más útiles y responderán mejor a sus elevados fines, si son organizados, sin son dirigidos, por un alto concepto de cultura científica. No quiero decir, y en esto sigo el pensamiento del doctor Saladrigas, que hombres que han dedicado su vida al estudio y a la investigación científica, encerrados en el silencio augusto de sus gabinetes elaboren teorías más o menos brillantes en cuanto a la organización sanitaria de un país. No, esas elucubraciones científicas serán verdaderamente útiles a la nación, si son el producto de un estudio acucioso de las necesidades del pueblo, si se derivan de un exacto conocimiento de las condiciones étnicas, raciales y de costumbres del pueblo, si en una palabra se une a la investigación científica de todos los problemas, los resultados valiosísimos de la experiencia y de la observación.

El primero de enero de 1899, se creó por el Gobierno interventor norteamericano el departamento de Sanidad de la República de Cuba. Dos poderosos factores auxiliaron en aquellos difíciles momentos a los expertos organizadores —porque nadie o casi nadie tenía entonces experiencia sanitaria y la misma higiene pública comenzaba a organizarse sobre bases científicas—, ha dicho el nunca olvidado amigo doctor López del Valle: el médico y el pueblo, es decir, con el médico y la opinión pública. «Esta fue formada,

en primer término por la condición especial de nuestro pueblo de adaptarse fácilmente al medio ambiente, por su afán de progreso, por sus ansias de adelanto, por la viveza de imaginación de este sorprendente país tropical, que le hace comprender rápidamente cuál es el camino del bien, por la predicación constante del médico y el concurso de la prensa profesional y política, uno de los factores más poderosos en toda obra de cultura y de civilización.»

Los obreros intelectuales, los hombres que por su dedicación y por sus cualidades están capacitados para orientar y dirigir los diversos organismos del Estado, serán los que, en su día, reorganizarán los servicios de la Salubridad nacional, para que, adaptados a las necesidades de los tiempos nuevos, puedan ser verdaderos instrumentos en la defensa de la salud del pueblo.

Una científica orientación en cuanto a la organización de los métodos de profilaxis, en la defensa contra los peligros de epidemias reinantes en países vecinos o en estrechas relaciones comerciales con el nuestro, verdadera defensiva sanitaria como le llamara hace cerca de cuarenta años el doctor Diego Tamayo. Un moderno concepto en cuanto a la distribución de los productos de consumo alimenticios y farmacéuticos y a una inspección cuidadosa para que respondan exactamente a las necesidades que aspiran a cumplir. La vigilancia en los mercados y acueductos, especialmente estos últimos, en completa y anárquica distribución, organización científica y honesta en la manipulación y distribución de la leche; organización de las campañas contra la tuberculosis, lepra y cáncer, ya brillantemente encauzadas por este Gobierno; estudio y control de la mortalidad infantil y ante que nada una completa y científica reorganización de los Servicios de Estadística y Demografía Sanitarias, totalmente abandonados y nunca, pese a los esfuerzos del doctor Le Roy, verdaderamente organizados para ninguna labor sería de investigación científica. Estos dicho así a la ligera y otras muchas cosas más, que esperan una científica y rigurosa reorganización sanitaria, serán las bases para una más eficiente labor en beneficio de la salud pública y entonces, sólo entonces, alcanzaremos de nuevo el alto prestigio que en lejanas épocas gozó el departamento y luego la secretaria de Sanidad de la República de Cuba, de la que fue primer jefe y fundador el eminente cubano doctor Carlos Juan Finlay.

Precisará para alcanzar todo esto, que la Junta Superior de Salubridad sea un verdadero organismo consultor y legislativo que acometa de una vez la redacción de unas modernas Ordenanzas Sanitarias y que sea el centro de toda parte de manera responsable, de la dirección de la Sanidad cubana.

Ya es una realidad que se debe al general Batista el funcionamiento del Instituto Nacional de Higiene que ha sustituido al desartado Laboratorio Nacional. Este Instituto que servirá a toda la República, será el punto de partida para un Centro Nacional de Investigaciones Científicas, organismo que prestará en todo momento, pero especialmente en periodos de epidemias, un alto servicio en la dirección científica de las campañas. Allí se hará un verdadero y serio estudio de la población mosquito de Cuba, de los que nadie se acuerda desde los trabajos del doctor Pazos, incompletos y desordenados, pero trabajos de honestidad científica; allí se estudiarán las razas y las variedades que presentan los gérmenes de las diversas enfermedades infecciosas en determinados momentos de su evolución epidemiológica como sucede con la difteria, la influenza, la meningitis cerebroespinal y la tifoidea; allí se estudiarán los métodos biológicos para la defensa y diagnóstico precoz de los posibles casos de fiebre amarilla; estaremos preparados con la vacuna contra esta terrible enfermedad, pero no olvidaremos nunca que para combatir la fiebre amarilla urbana, las medidas aconsejadas por el doctor Finlay y llevadas a la práctica por los norteamericanos siguen siendo las mejores armas de que disponemos para defendernos contra esa enfermedad.

El Instituto Nacional de Higiene y el futuro Centro de Investigaciones dirigirán y fabricarán sueros, vacunas, insulinas, plasma desecado, plasma de convalecientes, etc., etc.

Y no menos importante será en todo tiempo la labor de divulgación y de propaganda para crear los estados de opinión pública necesarios para el éxito de aquéllas. Llevar al convencimiento del pueblo, las ventajas y el ningún peligro, ninguno, así dicho enfáticamente, de la vacunación antitífica y las enormes ventajas de que ella se derivan. La necesidad ineludible de estar inmu-

nizados contra la viruela, las ventajas de inmunizar a niños y adultos, contra difteria y tétanos, y aquellos contra la tosferina. Las campañas contra la mosca, las ventajas de mantener todos los pozos de agua esterilizados con los procedimientos más baratos y sencillos, el conocimiento de la higiene más elemental que impida el desarrollo del parasitismo intestinal, mostrando con carteles y gráficos el modo de adquirirlos, su evolución biológica y el modo de curarlos, los fundamentos más elementales de una alimentación adecuada a base de leche, queso, mantequilla, huevos y frutas, y las calumnias viandas o raíces llenas de valores alimenticios y vitamínicos.

La adecuada alimentación del pueblo, tarea fácil en un país como el nuestro, pero con una severa vigilancia en cuanto a su pureza, la reducción de la mortalidad infantil y el mejoramiento del niño cubano combatiendo el parasitismo intestinal; buenas y prácticas estadísticas que permitan conocer la parte dinámica de la epidemiología, la colaboración científica de la Junta Nacional responsable y de organismo como el Instituto Nacional de Higiene el Centro de Investigaciones científicas y una seria y bien organizada labor hospitalaria, sobre todo de Hospitales de Infecciosos, harán, que la maquinaria de Salubridad Nacional impulsada por Finlay en 1900, recobre en 1944 sus grandes prestigios gracias a la cooperación entusiasta, inteligente y desinteresada, de la verdadera cultura científica del país.

Pero para que todo esto no sea un sueño de imposible realización, precisa antes que nada, ir directamente, sin vacilaciones, sin tanteos ni timideces, al establecimiento de una verdadera carrera administrativa a la creación, señores, en una palabra de un ministerio de Salubridad y de Asistencia Social, que sea un verdadero centro técnico de trabajo, ajeno a los vaivenes y vicisitudes de la política o de los intereses particulares.

Por eso hago mías las palabras del ilustre candidato a la presidencia de la Coalición Socialista Democrática, doctor Carlos Saladrigas: «La nueva etapa ha de consistir en que las realidades políticas, económicas y sociales alcanzadas se perfeccionen a través de una organización administrativa que constituya un mecanismo adecuado para el ejercicio, tanto de las funciones, como de los servicios públicos».

Pais Mayo 1944